





LA RELIGIÓN

EL TEMA DE LA RELIGIÓN antigua viene siendo hasta hoy uno de los más discutidos y estudiados por los investigadores. Pero a pesar de la predilección y el apasionamiento que se advierte en tales estudios, y de las diferentes maneras como ha sido enfocado en el campo arqueológico, ninguna interpretación se ha presentado todavía como satisfactoria y cercana a una realidad lógica. A los primitivos peruanos, especialmente a los del norte, se les atribuye un complicado politeísmo, lo cual tiene fundamento en lo escrito por los cronistas Garcilaso, Cieza, Polo, Jerez, entre otros, sin tener en cuenta la intransigencia de la fe de tales escritores y la parcialidad que es de suponer inspiró sus escritos.

Hoy, mirando desapasionadamente los restos de aquellos pueblos desaparecidos y analizando con atención y minuciosidad su temperamento artístico, que con admirable perfección brota en su alfarería y demás restos, entramos a la posesión de datos que nos permiten enfocar de modo distinto la religión antigua y presentarla como una elucubración espiritual elevada. La que más se acercó a la perfección y la que más fuerza espiritual tuvo fue, sin duda alguna, la religión mochica, que estudiamos en este capítulo. Su presentación, por vez primera, reclama la atención de todos los estudiosos y la colaboración de todos los artistas. Porque la religión

mochica es, en realidad, una de las más bellas manifestaciones espirituales de nuestros antepasados, y acaso el centro radial de las que rigieron la mente de las nuevas culturas que, por causas todavía no establecidas, le restaron potencialidad, por lo que perdió el brillo que alcanzó en sus creadores.

Antes de entrar al corazón de ella será conveniente primero trazar una línea que marque su evolución, que nos enseñe paso a paso su nacimiento, desarrollo y perfección. Bajo estos aspectos, nos compenetraremos mejor con tan delicado tema y nuestros juicios tendrán verdadera fuerza de comprobación.

Aquella línea, diremos, tiene que destacar su punto inicial hipotético en la era arcaica de las generaciones costeñas. En esa era en la que los primitivos pobladores comienzan a agruparse, a organizarse en sociedades, que reclaman una sujeción material de inmediato, para buscar enseguida un lazo espiritual cuya fuerza superior les impresionó y cautivó desde que su razón se hizo patente.

Las primitivas gentes costeñas, una vez que dominaron sus recursos de subsistencia, con toda seguridad se congregaron en grandes organizaciones colectivas, siguiendo el ritmo de la historia humana, mayormente cuando pensaron que por sí solos, sin una eficaz cooperación, no podían adquirir cuanto recurso les era indispensable en la lucha por la vida. Ellos, a pesar de sus fuerzas y de su ayuda mutua, descubrieron poderes extraños en las plantas, en los animales y en la naturaleza misma, que los encaminaba hacia un mundo

Fig. No. 289.- Imagen de la divinidad felina de los hombres de Cupisnique. (XXC-000-051)

abstracto donde la materia tiene su origen y donde se estrellaba su pensamiento, comprendiendo a veces la razón de alguna cosa y debatiéndose otras en la imposibilidad de hacerlo. Aquellas ideas que no podían volar más allá, que no podían ser comprendidas, que salían de la materia para buscar su origen y volvían a ellas mismas sin conseguirlo, se corporeizaban en cosas que reflejaban un poder ignoto e impenetrable: ya en una piedra, ya en una planta, ya en un animal.

Entonces, las sociedades primitivas se congregan alrededor de dichas materializaciones espirituales que son el reflejo de lo sobrenatural y que de por sí constituyen su amparo protector divino. En efecto, si volvemos nuestra vista hacia todas las primitivas agrupaciones humanas, encontraremos siempre esta misma modalidad y estas mismas luchas del espíritu por acercarse a lo desconocido y por crear monumentos extraños que representen lo que no se podía comprender, aquella fuerza que no encontraban. La naturaleza misma, en sus constantes variaciones y continuas sorpresas, hace que el hombre se estatuya una serie de motivos de adoración que se plasman, después de largo tiempo, en una honda zoolatría, que cultiva fervientemente el primitivo espíritu costeño. Pero éste no se detiene ante ella, cree que el gran número de esas imágenes no puede representar el verdadero poder que rige el mundo y que se manifiesta en tantas formas, y se aferra firmemente a buscar la unidad, origen de aquellos animales venerados, en uno solo, que domine a todos y sea la suma de los aislados e incomprensibles poderes. Extiende entonces su mirada hacia todos, y tras sucesivas comparaciones encuentra que es el felino, cuya pujanza y agilidad, poderosas garras, rugido aterrador y fiera incomparable le deparan un lugar prominente de dominio, que puede representar tal conjunción.

Inmediatamente, este animal llega a ser el eje de las veneraciones y el que arrastra mayor multitud. Y esto es lo que ocurre, precisamente, entre los pobladores de Cupisnique, que concentran, por primera vez, las fuerzas divinas en el felino; pues no sólo le reconocieron el poder de dominio entre los demás animales sino fuerzas suficientes y capaces de subyugar al hombre mismo. De allí nace entonces un culto que podríamos llamar “felínico”, que la cerámica cupisnique está revelando en forma fehaciente. El vaso de esta cultura que aparece en la figura No. 289 nos permite apreciar, en su propia

fisionomía, la verdadera expresión del felino, de un lado, y de otro, en su idealización, atributos divinos análogos a los que aparecen en la plástica pétrea, especialmente en la que se encuentra en Chavín. Cabe, a este respecto, decir que el felino es la figura central en todas las religiones primitivas norperuanas, sobre las que se ha escrito ya mucho y en diferentes oportunidades, y se ha fundado en el folklore propio, que contiene numerosas leyendas sobre el particular.

La existencia de este poder materializado en el felino, que recibe la veneración de todos los corazones cupisniques, se acentúa cada día más y más, a medida que el espíritu se amplía y conquista nuevas esferas filosóficas. La forma idealizada nace de la obsesión del hombre por ir cada vez más allá, por plasmar su concepción abstracta. Y ésta no une simplemente al felino con la naturaleza en sus manifestaciones botánicas y zoológicas, sino que le imprime ciertos rasgos humanos, al mismo tiempo que le dota de caracteres comunes a todas las representaciones que constituyen los atributos divinos. Así, observamos que en sus miembros superiores porta dardos o cetros que simbolizan la fuerza dominadora y representa la conjunción de los poderes que rigen la vida y que se escapan al análisis. Se presenta como la divinidad de la fecundación y creación del mundo. La naturaleza toda se conjuga en ella armónicamente por obra del artista que materializa el sentimiento, que crea la concepción abstracta de la divinidad.

Con el venir de los nuevos tiempos y siguiendo la misma marcha progresiva, se perfecciona esta deidad día a día, hasta llegar al máximo en el pueblo mochica, donde desaparece como verdadera divinidad para convertirse en un símbolo del creador supremo, cuyas fuerzas están latentes en el mundo y a quien no se le conoce ni se le puede representar materializado. Luego, el felino, que constituye primero la divinidad material de los primitivos costenos, al antropomorfizarse en grado sumo se estatuye en el símbolo sublime, en la imagen de principal veneración del pueblo mochica, que no lo tiene precisamente por la esencia celestial, sino por el emblema más caracterizado, por su expresión, más acorde con su herencia ancestral que no puede destruir la evolución.

El rezago zoolatra de los primitivos se mantiene vivo, al igual que en el cristianismo se manifiestan los rasgos

paganos, huellas que son propias de la misma transformación. Y entonces presenciamos, a través de todas las manifestaciones artísticas mochicas, que para la expresión de la divinidad o de la influencia de ella en las demás cosas, se recurre al rasgo felínico como el más caracterizado y único. La felinidad campea entonces en todo lo que tiene de poderoso. Por lo tanto, constituye el felino, en el alma mochica, el símbolo único del ser supremo (Figs. Nos. 290 y 293) que está sobre todas las cosas. Su poder está representado en la alfarería por él mismo, ya brotando de las montañas, ya antropomorfizado. De allí también que la felinidad esté presente en la flora, en la fauna, en fin, en todas las manifestaciones de la actividad vital, en materializaciones que a simple vista ofrecen gran diversidad, lo que dio origen para atribuir a los mochicas diversidad de “ídolos” o “tótems”, pero el análisis ha establecido ya terminantemente su unidad.

De la misma manera se acentúa esta unidad en las diversas representaciones del felino cuya antropomorfización llega al límite, cuando su origen es delatado únicamente por los grandes colmillos que sobresalen de los labios. Este motivo no es sino la representación de la divinidad visible que simboliza la encarnación del ser supremo en el hombre y que está al alcance de todos los seres terrenales; que se encuentra en todas las actividades de la vida, y que la lengua mochica la denomina: Ai Apaec o “Hacedor”, (ver Figs. Nos. 294 y 298), a quien se consideró como el mentor y director divino en todo lo existente; el superhombre, cuyos atributos divinos fueron objetos de pleitesía y adoración de los demás. El inquieto espíritu mochica, que sentía las manifestaciones divinas en todo, que comprendía bien el gran poder extraterreno, da un paso decisivo y de avance en su concepción religiosa al presentarnos la materialización de Ai Apaec, al que desdobra de la figura simbólica de la divinidad suprema: el felino. Forja de su unión con el hombre la divinidad personificada, humana, capaz de recorrer la tierra rigiendo los destinos y todos los actos de la vida material. Ai Apaec es la transmigración de los poderes de la divinidad suprema. De la potencialidad animal, de la potencialidad física, se pasa a la potencialidad intelectual, a la potencialidad razonadora.

Ante estas concepciones, que delatan la grandiosidad religiosa mochica, cabe entonces distinguir a cada uno de los poderes divinos que se conjugan en uno solo.

Siguiendo la representación continua y múltiple de Ai Apaec, cuyas diferentes manifestaciones se describen seguidamente, se nota claramente que, a pesar de estar investido de un poder sobrenatural, superior al del que están dotados todos los seres vivos de la tierra, necesita de otra fuerza divina que le auxilie y le depare favores. Esta fuerza superior, que no está al alcance del mundo material y que sólo se manifiesta en mil formas fehacientes, es lo que estatuye el selecto espíritu mochica como la divinidad suprema y omnipotente, creadora del mundo y de todas las cosas y a la que, como dijimos antes, simboliza con el felino, animal cuya veneración ancestral se eleva tanto al punto de formar el eje del mundo abstracto a la par que es la encarnación de la divinidad esencia. Es el único animador y destructor de la vitalidad animal y vegetal; de la inteligencia y poder humanos; de la magnitud de los fenómenos extraños de las cumbres y de las profundidades; de la inmensidad de los mares y meteoros en toda su excelsitud. Como fuerza divina animadora del mundo estaba en todas partes, gracias a sus propios atributos de ubicuidad y omnisciencia. Se forja entonces a Ai Apaec para establecer el contacto con el ser supremo, para satisfacer el deseo espiritual de la multitud, cuyo sentimiento reclama siempre una materialización divina para poder venerar y adorar al supremo omnipotente que no comprende.

Así, distribuida la concepción religiosa mochica en dos personas: la abstracta y la humana, con todos los poderes de aquélla, tal concepción no puede ser otra cosa que la expresión digna de la cultura que generó a su amparo. Los mochicas no sólo llegan a dominar el campo terrenal, al crear maravillas en todos los ramos de la industria humana, sino que se elevan hacia lo infinito y obtienen un grado de percepción que sólo es comparable con las actuales generaciones.

Hemos podido llegar, así, al fondo de esta importante cuestión, después de pacientes y repetidas investigaciones; después de recorrer las colecciones de analogía comunes y entablar a diario razonamientos comparativos. Pues, cuando comenzamos a mirar los ceramios representativos de Ai Apaec se nos mostraron como representativos de seres extraños y diferentes; pero pronto pudimos llegar a la conclusión terminante de su unidad representativa, cuando identificamos a los Tzhaquiscaen (mensajeros), a los sabios y a los grandes



Fig. No. 290.- Rostro de felino, la divinidad abstracta.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (073-009-001)



Fig. No. 291.- La divinidad felina.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (2613)



Fig. No. 292.- El felino, gran figura simbólica de los mochicas, lleva en sus garras una cabeza humana cogida de los cabellos.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (2627)